

Antología de cuentos.

Parte 1.

Esteban Dionicio Aguilera González.

Pequeños mis hijos escucharon los tantos cuentos que les inventaba. Hoy, voy al surtidor de la imaginación para darles mis relatos de mayores. Soy feliz mirando que los lectores ya se han multiplicado. No prometo cuentos perfectos, pero sí cuentos que luchan por existir.

ÍNDICE.

- 6 El taxista.
- 10 Reconciliación
- 11 Confesión
- 12 Cuidado con el cobarde
- 14 Cuentos del bosque
- 15 El quemado
- 18 El pescador
- 20 El mago
- 22 Apariciones
- 23 Las apariencias engañan
- 27 El avaro
- 29 Reencarnación
- 30 Sobrevivientes
- 32 De vuelta a casa
- 33 ¿Tuvo usted un amor así?
- 34 El milagro
- 35 Los celos
- 37 Vestida de blanco
- 39 Abuela vino a despedirse
- 40 La deuda
- 43 La ouija
- 45 El ciego del dominó
- 47 El anillo perdido
- 49 Quería ver el amanecer
- 51 El guanajo que baila

- 52 El niño y el violín
- 53 Ninfa
- 56 Recuerdos
- 57 Cine
- 58 La broma
- 61 Creyó que no la quería.
- 62 Don del cielo.
- 65 La despreciada.
- 71 Conversando con un alma.
- 74 Huracán.
- 75 El adivino.
- 78 ¡El cornudo?
- 80 El leñador.
- 83 Notas al azar.
- 84 El último beso.
- 86 Maltratos.
- 89 Accidente.
- 90 Mujer perfecta.
- 100 El paso del ahorcado.
- 105 Un fantasma para cada ocasión
- 109 La elegida
- 112 La muerte no abandona
- 114 El baboso
- 120 Un pañuelo
- 123 Chamico
- 125 El bebedizo
- 129 Mirones
- 132 El guía
- 134 Tome su muñeca

136 No es un secreto
138 Gloria
140 Resurrección
141 Vida
158 El precio del amor.
160 Viajeros del tiempo
162 Divorcio
166 Tres brujas y un doctor
169 Obsesión
171 El reloj de los deseos
175 La tierra ha subido o el cielo ha bajado
177 Diferencias
179 Deuda de gratitud
182 Las tres hermanas
184 No hay peor ciego
187 La casa de los muertos
189 Invisibilidad
191 Ángel
193 Metamorfosis
194 El pequeño truhán
195 Persiguiendo un sueño
198 Sepulturero
200 Amanecer en el ocaso
207 Rival es eterno
208 La promesa
213 El mendigo

El taxista.

El aviso del tren, todavía a lo lejos, llenó los oídos de todos. Rápidos nos abalanzamos hacia la reja que separa el parqueo del andén. La locomotora volvía a pitar muy cerca, cada momento más fuerte. Pasados unos minutos el ruido del motor nos ensordeció mostrando altanero su poder descomunal. Entró al andén resoplando con el aire de los frenos y el chirriar de las ruedas hierro con hierro. La verja se abrió dando paso a un tumulto donde la gente corría a la par de los vagones. Mirando de una ventanilla a la otra intentaban ver a quienes esperaban. Desde arriba, se movían las manos saludando mientras otros se ponían de pie, tomaban los paquetes, para luego correr desesperados a las puertas de salida.

Dos vendedores de maní alzaban sus pregones por encima del ruido. El primero, un joven trigueño medio grueso, de estatura baja.

- Vitamina, proteína y grasa. Se acabó el abuso. Todo por un peso. Maniii...

El otro un señor mayor, rubio, vestido con pullover azul y un short le seguía en el pregón.

- Cambio, cambio mani por moni. (maní por money).

Seguía otro vendiendo varias viandas.

- No compran porque no quieren o están palmao (sin dinero).

Para completar.

- Merenguito, pasteles, guataquitas, compren me quedan dos - cada pregonero daba uso de su buen humor y talento.

Miré hacia la puerta donde una mujer alta, rubia, con el rostro sin maquillaje, lucía una belleza natural deslumbrante. Los labios carnosos de un color rosado, el pelo largo flotando para adornar los ojos azules. Las cejas bien arregladas con las pestañas naturales largas. Las caderas amplias dando forma a una cintura estrecha, más la sonrisa suave amparada por dientes muy blancos. Todo en ella formaba un conjunto armonioso adornando a unos apetitosos senos con el escote de su vestido negro para hacerlos resaltar. Me detuve a observar el ajetreo de la llegada del tren y encaminé mis pasos hacia la rubia.

- Señora permita, la voy a ayudar - me vi obligado a estirar el brazo para tomar los paquetes, ella alargó los suyos, sólo un bolso de saco.

- ¡Cómo pesa! ¿Trae usted plomo?

- Traigo solamente a mi buen Antonio, para mí es liviano. Enseguida estoy abajo. Cojeaba de la pierna derecha, observé según descendía los escalones.

- Se cayó un tacón del zapato, ahora camino igual a una bailarina - dijo jocosamente.

- Si me da la mano la puedo ayudar - le dije acercando la mía.

- ¡Muchas gracias! ejecutó un gesto gracioso, a la vez alzó el brazo igual a las alas de un cisne. La mano pequeña, tibia, se apoyó con fuerza en la mía y casi me hace caer.

- Ya me puede alcanzar el bolso. No me gusta estar lejos de mi buen Antonio - venga lata con Antonio me dije para mis adentros.

- ¿Usted no considera al pobre Antonio muy tranquilo? tal vez se ahogó - le hablé con sorna.

- No se preocupe, ya está muerto - bueno tal vez será un puerco o un guanajo, pensé.

- Yo soy taxista, si usted lo desea le puedo alquilar.

- Por lo visto llego a este pueblo con suerte.

- Sí, estoy de acuerdo - como chofer de alquiler le tomé la palabra y a la vez aconsejé.

- Arranque el otro tacón, así sus pasos serán parejos, le evitará un dolor - ella inclinándose me alcanzó el otro zapato. Como siempre, sucedió lo esperado, cuando uno quiere no se puede, por más golpes que le daba, el tacón no cedía, me vi obligado a hacer palanca bajo un riel y ya quedaron los pies de la mujer parejos.

La salida quedaba lejos, la señora - Verónica es mi nombre - habló de tal modo que pareció estar escuchando mis pensamientos.

- El bolso pesa, si lo desea me alcanza un asa. El era alto y muy fuerte.

- ¿Quién, Antonio?

- Mi marido, ya lo guardado de él es hueso limpio y perfumado. Traigo los restos para darle sepultura digna en su pueblo.

- ¡Señora, señora! ¿Anda usted con un muerto?

- No, con mi Antonio - ya el nombre de Antonio tenía sabor a sopa, aunque a decir verdad no me apetecía ahora hueso alguno.

- Mire, tome un asa para llevar más cómodos al muerto.

- No le diga muerto. Es mi esposo hasta donde la luz del más allá lo ilumine.

- Queda claro, el difunto.

- Nooo, tampoco. An-to-nio.

- Está bien, plenamente de acuerdo, usted lleva para el hotel a su....

- Antonio. Sí, espero ansiosa su ayuda.

- ¡Ayudarla! explíque de qué manera.

- Por las noches el vuelve para hacerme el amor, no lo puedo negar, siempre siento algo de miedo. Quiero tener la compañía de usted esta noche. Le pagaré muy bien.

- No es necesario pagar, será un placer complacerla si usted pide mi protección - a decir verdad una noche en una habitación de un hotel, a solas con aquella despampanante rubia era un verdadero paraíso. Llegamos al taxi y fui rumbo al maletero a guardar la calavera, ahí mismo la mujer me detuvo.

- Él va en el asiento delantero, yo en el de atrás, siguiéndolo - acomodados ya en el auto le pasé el cinturón de seguridad al saco.

- Ya veo, usted verdaderamente comprende.

- A decir verdad no la entiendo. El muerto al hoyo y el vivo al...

- Yo sigo con él noche por noche - no hablé más hasta registrarnos y tomar la llave en la carpeta. Fuimos a la habitación, la primera regla a establecer fue poner almohadas en el centro de la cama.

- Usted duerme a un lado, yo en el otro - después de todo el muro era sencillo de saltar - ya sé, la división es muy baja, lo considero a usted un hombre de respeto- vaya manía de adivinar el pensamiento. Me retiré únicamente los zapatos y aunque ansioso, me acosté en la mitad donde dijo previsoramente me correspondía. Por su parte, me obligó a dar la espalda para ponerse la ropa de dormir.

- Ya se puede usted volver - estaba cubierta con la sábana hasta el mentón y comenzó a roncar con confianza absoluta. ¿Yo mientras tanto? Pues me dediqué a disfrutar los mil y un pensamientos eróticos.

Cerca de las doce, cuando recién cerraba mis párpados la rubia comenzó a dar gritos suaves con palabras de gozo.

- ¡Así, así! ¡Sigue, no te vayas! ¡Ayyyyy! - no sé si aquello era con Antonio o fingiendo para llamar la atención, salté por sobre la cerca de

almohadas, me tiré encima de ella, pero sucedió lo terrible. Un cuerpo cayó sobre mi espalda.

- Dice Antonio, literalmente; "si quieres podemos hacer un trío".

- Solavaya. Me voy. Quede usted con su Antonio.

¿Qué sucedió después? - Aquí estoy en un banco del parque sudando a mares, alegre, porque mi trasero está a salvo de: ANTONIO.

Reconciliación.

Él y ella se encontraban frente a frente, afiebrados por una traición dudosa ¿Por qué eran tan estúpidos tras el incontable cruzar de los años vividos juntos? ¿Por qué les faltaba dar hogar a la confianza?

- Deja mi imagen en el reflejo de tus ojos. Deja por un rato creermé las fantasías de tejer con un diamante, plata, oro, un beso. Deja un futuro cierto donde tú también habitas.

- Mejor calla. ¿De qué te sirven las palabras si no creo una de ellas? Yo creo en el amor y pretendes jugar conmigo a los enamorados. Da la espalda, olvida si algo fuimos, ya voy en retirada. No quiero quedar en el espejo de tus ojos con esta deplorable imagen. Trato de ser la fuerte, pero soy llanto mojado con lágrimas. Déjame creer en la pasión, vivimos una historia, no fue una nube de lluvia pasajera.

Cantó iracundo un rayo porque lloraban los dos una travesura, parecían un par de adolescentes, no importó si eran ya mayores. Un amigo aparente les dibujó a ambos una historia de engaño y el dolor los dejó ciegos, sordos. La lengua quedó absurda para improperios, todo se escondía en un inocente adiós.

- Amor todo cuanto te han dicho es pura falsedad.

- ¿Y esto? - sacó rápida una carta.

- Dime, haré lo imposible para ser creíble.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

